

## MERITOCRACIA

**L**AS PALABRAS TIENEN VIDA PROPIA. Cambian de significado caprichosamente. Pueden incluso contrariar los deseos de quienes las acuñan. En 1958, el escritor y político británico Michael Young publicó una novela futurista en la tradición de Aldous Huxley y George Orwell, titulada *El ascenso de la meritocracia*, 1870-2033. Young quiso darle a la palabra ‘meritocracia’ un sentido peyorativo, negativo. La novela describe el surgimiento de una sociedad estratificada, donde la pertenencia a la élite depende de la posesión de ciertas capacidades mentales (estrechamente definidas). En la sociedad imaginada por Young, el sistema educativo selecciona a los ganadores y descarta a los perdedores. No juega

Los escrúpulos semánticos de Young no son irrelevantes. Todo lo contrario. Llamen la atención sobre los peligros que acechan a una sociedad si el mérito es entendido de manera estrecha y asociado consiguientemente con trayectorias académicas y laborales muy específicas.

ningún papel formativo o redentor. En nada contribuye a la movilidad social. Al final de la novela, en 2033, la élite meritocrática, convertida ya en una aristocracia arrogante, convencida



ALEJANDRO GAVIRIA

de sus merecimientos, desconectada del resto de la sociedad, es derrocada por una revolución violenta. El narrador de la novela, un sociólogo que realizaba estudios doctorales, es asesinado por la turba sublevada.

Antes de publicarlo, Young le consultó el título de su libro a una amiga que estudiaba literatura clásica en Oxford. Esta protestó escandalizada. En su opinión, la palabra ‘meritocracia’ solo podría ocurrírsele a un ignorante: “mezclar en una misma expresión una raíz latina con otra griega es una muestra imperdonable de ignorancia y mal gusto”, dijo. Young pasó por alto los escrúpulos classicistas de su amiga. Pero, probablemente, ya lo veremos, se arrepintió de su decisión.

Por cuenta de la evolución impredecible del lenguaje, la palabra meritocracia asumió gradualmente una connotación distinta, casi opuesta a la originaria: se convirtió en un sinónimo de igualdad de oportunidades e incluso de igualdad en general. Un “sistema meritocrático” denota ya no un sistema excluyente, sino todo lo contrario, un sistema abierto, sin privilegios heredados, ni favoritismos odiosos. Actualmente, quienes desean posar de justos e independientes proclaman su compromiso inquebrantable con la meritocracia, esto es, con el mérito individual como criterio exclusivo para la selección y escogencia de los empleados públicos o los estudiantes universitarios.

En 2001, un año antes de su muerte, Michael Young escribió un largo artículo de prensa en el cual lamentaba, en tono fuerte, el nuevo significado de la palabra ‘meritocracia’. Young

exhortó a Tony Blair, entonces primer ministro de Inglaterra, a que eliminara de sus discursos la palabra en cuestión o a que admitiera, al menos, el lado oscuro de la meritocracia. Una cosa es la asignación de cargos con base en el mérito individual, escribió Young, otra muy distinta es la consolidación de una nueva clase social, de una élite inexpugnable y arrogante que considera que merece todos los privilegios. “Al contrario de quienes se lucraban del nepotismo, las nuevas élites creen firmemente que la moralidad está de su lado”.

No todos estuvieron de acuerdo con Young. John William Gardner, educador y político norteamericano que promovió la generalización de las pruebas estandarizadas, escribió una refutación al libro de Young: “el libro [de Young] es entretenido y constituye un sermón eficaz en contra de una utopía negativa basada en una rigurosa e imaginativa aplicación del principio del mérito. No constituye, sin embargo, un sermón que necesitemos particularmente. Nuestra sociedad tiene numerosas y poderosas defensas en contra de ese tipo de excesos”, escribió Gardner.

Pero más allá de las protestas y los reclamos de Michael Young, el éxito de la palabra ‘meritocracia’ es innegable. Ha sido ya incorporada en el lenguaje coloquial, no solo en la demagogia política. El gráfico adjunto muestra la aparición relativa de la palabra en cuestión en millones

de libros en inglés y en español. El crecimiento ha sido sistemático, pero distinto en ambos idiomas. En inglés ocurrió, sobre todo, en los años setenta y noventa. En español, el ascenso de la meritocracia (de la palabra) ha sido mucho más reciente.

Sea lo que sea, los escrúpulos semánticos de Young no son irrelevantes. Todo lo contrario. Llamen la atención sobre los peligros que acechan a una sociedad si el mérito es entendido de manera estrecha y asociado consiguientemente con trayectorias académicas y laborales muy específicas. Young criticó duramente al gabinete de Blair, conformado por una élite meritocrática, poseedora de unas credenciales académicas impecables; pero, en últimas, un ejemplo casi paradigmático de las nuevas formas de exclusión. Lo mismo podría decirse sobre el acceso a posiciones de visibilidad y privilegio en muchos países latinoamericanos.

En suma, si el mérito se asocia exclusivamente con unas cuantas instituciones educativas o con un conjunto estrecho de competencias y habilidades, la meritocracia es casi indistinguible del nepotismo o del amiguismo. La meritocracia, insinuó Young hace ya más de medio siglo, puede ser un eufemismo conveniente para designar una nueva forma de exclusión. Esta insinuación, sobra decirlo, no ha perdido vigencia. **U**

Frecuencia relativa de la palabra ‘meritocracia’.



En inglés.



En español.